

www.elboomeran.com

David Cronenberg

Consumidos

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Consumed
Scribner
Nueva York, 2014

Ilustración: «Cuerpo 2», © Núria Ortuño

Primera edición: enero 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2016
© 2014 by David Cronenberg Productions, Ltd.
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7941-4
Depósito Legal: B. 27030-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Naomi estaba en la pantalla. Para ser más exactos, estaba en el apartamento que se veía en la ventana Quick-Time de la pantalla, el pequeño, desordenado y docto apartamento de Célestine y Aristide Arosteguy. Allí estaba, sentada enfrente de ellos mientras ellos, instalados en un viejo sofá —¿de color burdeos?, ¿de pana?—, hablaban con un entrevistador situado fuera de campo. Y con los blancos auriculares en los oídos, también estaba acústicamente en casa de los Arosteguy. Percibía la profundidad de la estancia y la tridimensionalidad de las cabezas de la pareja, cabezas sagaces de rostro sensual, una pareja parecida, como hermano y hermana. Percibía el olor de los libros amontonados en las estanterías que había detrás de ellos, el fuerte calor intelectual que emanaban. Todo lo que había en el encuadre estaba bien enfocado —efecto del vídeo, de los pequeños sensores CCD o CMOS; la naturaleza del medio, se dijo Naomi—, con lo que se intensificaba la impresión de profundidad de la habitación, los libros y las caras.

Célestine estaba hablando, con un Gauloises encendido en la mano. Tenía las uñas pintadas con esmalte purpúreo —¿o eran negras? (la pantalla tenía tendencia a empur-

purarse)— y se había recogido el pelo en un moño artísticamente descuidado del que le colgaban greñas sueltas hasta el cuello.

—Bueno, sí, cuando una ya no tiene deseos, está muerta. Incluso desear un producto, un artículo de consumo, es mejor que no desear nada. Desear una cámara, por ejemplo, aunque sea barata y hortera, basta para mantener a distancia a la muerte. —Una sonrisa traviesa, una chupada al cigarrillo con aquellos labios—. Siempre que el deseo sea auténtico, claro. —Un chorro de humo silencioso y una risa tonta.

Célestine tenía sesenta y dos años, pero según el modelo de las intelectuales europeas, no según el de las norteamericanas de los centros comerciales del Medio Oeste. A Naomi le impresionaba su exquisitez, el estilo y el aire dramático que irradiaba, la perfección con que combinaban sus joyas cinéticas y aquella elegante reclinación en el sofá. Hasta entonces no había oído hablar a Célestine, sólo en los últimos tiempos había aparecido en la red gracias a un puñado de entrevistas, y sólo, naturalmente, a consecuencia del asesinato. Su voz era áspera y sensual, su inglés seguro y juguetón, y mortalmente preciso. La muerte intimidaba a Naomi.

Célestine se volvió lánguidamente hacia Aristide. De su boca y su nariz salieron con parsimonia volutas de humo que avanzaron hacia él, como el evanescente testigo que se cede en una carrera. Aristide tomó una bocanada de aire antes de hablar, inhaló el humo y prosiguió el razonamiento de la mujer.

—Aunque nunca se haya tenido o nunca se haya usado a pesar de tenerla. La cuestión es desearla. Esto se ve en los niños de pocos meses. Tienen deseos muy vehementes. —Mientras hablaba se toqueteaba la corbata que asoma-

ba por el cuello de pico de su elegante jersey de cachemir. Como si acariciase a uno de aquellos niños vehementes y el gesto explicase la bienaventurada sonrisa que iluminaba sus rasgos.

Célestine lo miró unos momentos y esperó a que terminasen las caricias para volverse hacia el entrevistador invisible.

—Por eso decimos que la verdadera literatura de la era moderna es el manual de instrucciones. —Se adelantó hacia el objetivo, dejó al descubierto el canalillo, voluptuosamente sembrado de pecas, y alargó la mano para coger algo fuera de campo. Cuando volvió a apoyar la espalda en el sofá llevaba en la mano del cigarrillo un pequeño y grueso folleto blanco. Lo hojeó acercando la cara, como si fuera miope (o como si oliese el papel, o la tinta), hasta que encontró la página y se puso a leer—: «Flash automático sin corrección de ojos rojos. Úsese esta modalidad para fotos sin personas o cuando se quiera fotografiar instantáneamente sin la función de ojos rojos.» —Célestine emitió una risa sonora y áspera, y repitió, esta vez con mucha teatralidad—: «Úsese esta modalidad para hacer fotos *sin personas*.» —Un movimiento de cabeza y los ojos cerrados para sentir a fondo el valor de las palabras—. ¿Qué escritor del siglo pasado ha sido capaz de crear un texto tan estimulante y conmovedor como éste?

La ventana en que estaban encuadrados los Arosteguy se encogió hasta adquirir el tamaño mínimo y pasó a ocupar el rincón inferior izquierdo de la ventana de un informativo. Los ya diminutos Arosteguy siguieron charlando relajadamente, cada uno recogiendo el rebote del otro como expertos jugadores de frontón, aunque Naomi ya no oía lo que decían. En cambio, oía las serias palabras del informador que hablaba en la ventana principal:

—Fue en este mismo apartamento de Célestine y Aristide Arosteguy, un apartamento cercano a la célebre Sorbona de París, donde se encontraron los tristes y descuartizados restos de una mujer identificada más tarde como la propia Célestine Arosteguy. —El teleobjetivo de la cámara se centró en el amable y dicharachero Aristide de la ventana pequeña—. Su marido, el famoso filósofo y escritor francés Aristide Arosteguy, no pudo ser localizado para hacer declaraciones. —Aristide desapareció bruscamente y en su lugar se vieron unas crudas imágenes de la cocina, filmadas seguramente de noche con cámara manual y luz directa. Las imágenes se maximizaron y la ventana del informador se retiró al ángulo superior derecho.

Los agentes del equipo técnico, con guantes negros de cirujano, sacaban del frigorífico unas bolsas de plástico de superficie escarchada, fotografiaban las sucias cacerolas y sartenes que había en el horno, inspeccionaban platos y cubiertos.

—Fuentes que prefieren permanecer en el anonimato —prosiguió el minimizado informador— nos han explicado que hay indicios que sugieren que algunas partes del cadáver de Célestine Arosteguy fueron guisadas en la cocina de la mujer y posteriormente comidas.

Corte a plano general de un imponente edificio municipal, subtítulo «Préfecture de Police, Paris».

—El jefe superior de policía, Auguste Vernier, ha hablado sobre la posible huida del país de Arosteguy.

Corte a una entrevista con el jefe superior de policía, un sujeto extrañamente frágil y con gafas, en lo que parecía un ancho pasillo abarrotado de periodistas. Su voz francesa, emocionalmente compleja y afectada, desapareció rápidamente para dar paso a una voz gutural, más despreocupada y con acento norteamericano:

—El señor Arosteguy es una institución nacional, al igual que Madame Célestine Moreau. Ambos eran un ideal francés, la pareja filosófica. La muerte de ella representa una catástrofe nacional. —Corte a la agitada multitud de periodistas que vociferan preguntas enarbolando cámaras y grabadoras, y vuelta al jefe superior—. Aristide Arosteguy dejó el país para dar una serie de conferencias por Asia tres días antes de que se encontraran los restos de su esposa. Por el momento no tenemos ningún motivo concreto para considerarlo sospechoso de este crimen, aunque, naturalmente, nos gustaría interrogarlo. Es verdad que no sabemos con exactitud dónde está. Lo estamos buscando.

El gemido de la cinta giratoria sacó a Naomi de la Jefatura Superior de Policía y la devolvió a la zona de recogida de equipajes del aeropuerto Charles de Gaulle. La multitud que esperaba se adelantó cuando la cinta transportadora se puso en movimiento. Alguien golpeó el portátil de Naomi, el ordenador le resbaló por las espinillas y le arrancó de los oídos los auriculares de tapón. Había estado sentada en el borde de la plataforma por la que corría la cinta y había sufrido las consecuencias. Tuvo que recuperar su querido MacBook Air doblando los pies hacia arriba e izando el ordenador con la punta de las zapatillas deportivas. El informe sobre los Arosteguy proseguía imperturbable en la ventana, pero Naomi cerró el portátil y por el momento lo dejó en modo reposo.

Sonó el iPhone y Nathan supo que era Naomi por los timbrazos, que reproducían el croar de una rana de San Antonio africana; a ella le había parecido erótico y se lo había mandado por correo electrónico. Nathan estaba en cuclillas en el húmedo y arenoso suelo de hormigón de

un pasillo trasero de la Clínica Molnár, con las manos en la bolsa de la cámara que tenía delante, buscando algo que sospechaba que se había llevado Naomi, de modo que era lógico que ella lo llamase ahora, pues su radar extrasensorial solía funcionar del modo más imprevisible. Siguió rebuscando con una mano y con la otra empuñó el móvil.

–Naomi, qué hay. ¿Dónde estás?

–Por fin en París. Estoy en un taxi camino del Crillon.
¿Y tú?

–En un pegajoso pasillo de la Clínica Molnár de Budapest, buscando en la bolsa de la cámara aquel macroobjetivo de ciento cinco milímetros que compré en el aeropuerto de Frankfurt.

Ligerísima pausa que, por lo que Nathan sabía, no tenía nada que ver con la posible culpabilidad de Naomi en relación con el objetivo, sino con la circunstancia de estar escribiendo a otra persona por la BlackBerry mientras hablaba con él.

–Bueno..., no lo encontrarás en la bolsa porque lo tengo yo acoplado a mi propia cámara. Te lo pedí prestado en Milán, ¿recuerdas? Estabas convencido de que no ibas a necesitarlo.

Nathan respiró hondo y maldijo el momento en que había convencido a Naomi de que se olvidara de Canon y se pasara a Nikon para poder compartir el hardware; la pasión por las marcas era el pegamento emocional de las parejas con obsesiones crónicas. Menudo error. Dejó de rebuscar en la bolsa.

–Claro. Es lo que pensé. Esperaba que el préstamo hubiera sido una alucinación. Mi sueño más recurrente es que te regalo mis cosas.

Naomi dio un bufido.

—¿Te quedas muy colgado sin él? ¿Has descubierto de pronto que necesitabas un macro?

—Iba a fotografiar una operación. Nunca imaginé que me permitirían entrar aquí, pero están contentísimos de que lo documente todo. Quería el macro para el equipo supletorio. Estoy convencido de que habrá muchas rarezas médicas húngaras a las que sacar buenos primeros planos. Puede que no por el hecho en sí, sino por la referencia. Para nuestros archivos.

Pausa multitarea o interrupción aleatoria del ritmo de la conversación que sacaba a Nathan de quicio. Pero era Naomi, así que había que pasar por el aro.

—Lo siento. ¿Cómo iba a saberlo?

—No importa. Seguro que tú lo necesitas más que yo.

—Mi necesidad siempre es mayor que la tuya. Soy una persona muy necesitada. Quería el macro para fotografiar retratos. He concertado varios encuentros clandestinos con elementos de la policía francesa. Quiero que se les vea hasta el último poro de la cara.

Nathan se apoyó con abatimiento en la pared del húmedo pasillo. Así pues, iba a tener que contentarse con el objetivo zoom de 24-70 mm para la cámara principal, la D3. ¿Podía enfocarse muy de cerca con aquello? Seguramente sí, lo suficiente. Además, si de veras necesitaba acercarse, podía recortar los archivos de imagen de la D3. Vivir con Naomi le había enseñado a aguzar su ingenio.

—Oye, cariño, me sorprende que quieras mancharte las manos en serio con humanos de verdad. ¿Qué ha sido de esas fuentes de la red que encontrabas navegando? ¿Qué ha sido de la comodidad de ese periodismo virtual que te permitía trabajar en pijama? No tendrías necesidad de desplazarte hasta París. Podrías estar en cualquier sitio.

—Si pudiera estar en cualquier sitio, estaría en París.

–Oye, ¿has dicho el Crillon? ¿Vas a hospedarte allí o vas a ver a alguien?

–Las dos cosas.

–¿Eso no es tirar la casa por la ventana?

–Tengo un contacto secreto. No me costará *un seul sou*.

A Nathan se le soltaron inmediatamente los frenos interiores de los celos a la antigua usanza familiar. No porque los contactos secretos de Naomi fueran siempre hombres, sino porque todos eran superficiales y en cierto modo amenazadores y peligrosos. Quien quisiera rastrear la incesante ramificación de su red social necesitaría utilizar un programa fractal particularmente complejo que registrase cada minuto de su jornada.

–Bueno, supongo que eso es interesante –dijo Nathan con una falta de entusiasmo cuyo objetivo era prevenirla.

–Sí, es genial –dijo Naomi, sin percatarse.

Al final del pasillo se abrió una puerta metálica de superficie porosa y un hombre con bata de cirujano y perfilado a contraluz hizo una seña a Nathan.

–Señor, venga a cambiarse de ropa. El doctor Molnár le espera.

Nathan asintió con la cabeza y levantó la mano para indicar que se daba por enterado. El otro imitó su gesto con rapidez y desapareció, cerrando la puerta a sus espaldas.

–Bueno, el cáncer me llama. Tengo que irme. Cuéntame de qué se trata en dos segundos o menos.

Otra irritante pausa multitarea –¿o era que Naomi estaba organizando sus pensamientos?–, al cabo de la cual dijo la joven:

–Jugoso asesinato-suicidio caníbal con sexo criminal y filosofía francesa. ¿Y lo tuyo?

—Todavía el polémico tratamiento húngaro del cáncer de mama con implante de corpúsculos radiactivos. Te adoro.

—*Je t'adore aussi*. Llámame. Adiós.

—Adiós. —Nathan apagó el móvil y abatió la cabeza. Enciérrame en este lóbrego pasillo y nunca me encontrarás. Así debía ser. Porque siempre aparecía aquel momento de tenaz resistencia interior, aquel miedo a hacer lo que se avecinaba, aquella repugnancia a entrar en acción, a enfrentarse al riesgo y al fracaso. Pero el cáncer lo llamaba y su voz era persuasiva.

En la pequeña pero suntuosa habitación del ático del Hôtel de Crillon, Naomi permanecía echada en un recargado diván situado junto a una estrecha puerta de cristales que daba a un balcón del tamaño de un felpudo. Desde aquel balcón había fotografiado el patio de luces, coronado en lo más alto por una intrincada red de alambres que ahuyentaban a las palomas, y prestado particular atención a los detalles de su decadencia, *comme d'habitude*. No importaba lo lujoso que fuera aquel hotel: se podía confiar en que el paso del tiempo sorprendiera con maravillosas texturas. Tras haber distribuido la BlackBerry, las cámaras, el iPad, las tarjetas de CompactFlash con y sin adaptador SD, los objetivos, las cajas de pañuelos, los estuches, los bolígrafos y rotuladores, los útiles de maquillaje (mínimos), tazas y vasos con restos de café y zumos, cargadores de todas las formas y tamaños, los dos portátiles, la gruesa grabadora digital Nagra Kudelski de aluminio bruñido, los cuadernos, las agendas y las revistas alrededor del petate y la mochila, repasó las últimas fotos con Adobe Lightroom mientras veía otro vídeo relacionado con los Aroste-

guy que acababa de aparecer en YouTube. Y en otra ventana de la pantalla, junto a una foto del podrido marco de la ventana del hotel con el gastado toldo de franjas blancas y verdes, se veía otra exposición intrigante: una panorámica de 360 grados del apartamento de los Arosteguy, que Naomi manipulaba medio distraída con la almohadilla táctil del portátil, ampliando o desplazando la imagen, y básicamente paseándose por el abarrotado y caótico domicilio profesoral.

Allí estaba el sofá que había visto en el vídeo anterior, en aquel momento rayado por las franjas de luz que entraban por un trío de ventanas pequeñas por las que Naomi creyó ver un sector de la Sorbona al otro lado de la calle. Detrás del sofá destacaban los estantes abarrotados de libros, aunque si giraba la imagen noventa grados veía más libros, y montones de periódicos, cartas, revistas, documentos, encima de todos los muebles visibles, incluso en el fregadero de la cocina, incluso en el suelo. Sonrió al comprobar la ausencia de aparatos electrónicos modernos: pero, eso sí, había un reproductor de casetes, un pequeño televisor de tubo de rayos catódicos, con formato 4:3 (;sería en blanco y negro?) y un teléfono con cable. Aquello le gustó porque le parecía el marco idóneo para una dinámica pareja filosófica francesa que recordaba más a Sartre y Beauvoir que a Bernard-Henri Lévy y Arielle Dombasle. Los Arosteguy parecían salidos por lo menos de los años cincuenta. (Ya veía a Simone Signoret, con su imponente sensualidad, interpretando el papel de Célestine en una película, pero sólo si conseguía proyectar la inteligencia de Beauvoir; no estaba segura de quién interpretaría a Aristide.) Penetrar en sus vidas era penetrar en el pasado y era allí adonde Naomi quería ir. No buscaba un espejo, esta vez no.

Un párrafo visible debajo de la ventana de la panorámica confirmaba que efectivamente era el apartamento antes del asesinato, según la documentación presentada por un estudiante de Aristide que era un experto en Internet –y que evidentemente utilizaba Panorama Tools y un objetivo de ojo de pez, advirtió Naomi– y que había preparado una tesis que relacionaba la filosofía del Consumismo Evolutivo de los Arosteguy con el estilo de vida relativamente ascético de la pareja. El redactor del párrafo señalaba escuetamente que Hervé Blomqvist, autor de la tesis, no había conseguido el máster al que aspiraba. Naomi había encontrado un foro de Internet, dirigido por estudiantes de Célestine, que tenía el estilo de una película de la Nueva Ola francesa de los años sesenta. Blomqvist era un contribuyente asiduo que adoptaba la pose del clásico inconformista francés, según el modelo del actor Jean-Pierre Léaud. Insinuaba que mientras preparaba la licenciatura había sido amante de Aristide y de Célestine y que había sido castigado por atreverse a utilizar su papel en la vida privada de los Arosteguy para asegurar lo que, según confesión propia, era «una tesis parasitaria y lamentablemente insustancial». Naomi se envió una nota electrónica para contactar con Blomqvist, el único sistema mnemotécnico que parecía funcionarle. Todo lo demás se perdía en la maraña del Gran Nido, como Nathan llamaba a la nube de caos que la envolvía.

La tercera ventana visible en la pantalla de Naomi era una entrevista celebrada en la cocina del sótano –una estancia de forma realmente extraña– de la pareja responsable del mantenimiento diario de toda la vivienda de los Arosteguy. Destacaba en la habitación un cilindro de hormigón tan abultado que era como si por fuera hubiese una escalera de caracol que se hubiera empotrado allí. Pegados

a esta columna pintada de verde claro, una francesa baja y fornida y su tímido y bigotudo marido respondían al entrevistador que permanecía fuera de campo. La voz sorprendentemente juvenil de la mujer bajó pronto de volumen para que se oyese a la dobladora. La voz de ésta, más madura, más de matrona, parecía encajar mejor con la cara de la empleada doméstica.

–Nunca –dijo la dobladora–. Nadie habría podido interponerse entre ellos dos. Naturalmente, los dos tenían muchas aventuras. Venían aquí, los chicos y las chicas, al apartamento de arriba, el que tenemos encima de nosotros. A veces los oíamos reír cuando bajaban por la escalera, mientras Mauricio y yo desayunábamos en la cocina. Mauricio es mi marido. –Una sonrisa tímida–. Es mexicano.

Con encantadora y nerviosa torpeza, Mauricio saludó a la cámara.

–Hola, hola –dijo en inglés.

La mujer –torpemente identificada entonces como «Madame Tretikov, empleada doméstica» mediante un grueso subtítulo frontal– prosiguió:

–Dormían aquí. Vivían aquí. A veces, sí, sus amantes eran estudiantes. Pero no siempre. –Se encogió de hombros–. Para los estudiantes era cuestión de política y filosofía, como siempre. Las dos cosas. Estaban de acuerdo. Los Arosteguy nos lo explicaron a mí y a Mauricio y fueron muy correctos, muy agradables.

Naomi maximizó la ventana del clip de la entrevista. Llena la pantalla, se imaginó en la cocina, de pie junto a la cámara, mirando a la pareja, mirando el desportillado esmalte de la parte frontal de la cocina, los armarios de madera hinchada por la humedad, los húmedos paños que sobresalían de los cajones abiertos de la cubertería. Incluso

percibía el olor de la grasa y la humedad de la parte inferior de la escalera.

Como si estuviera de acuerdo con la ampliación de la imagen, el cámara acercó el objetivo al rostro de la mujer, y lo acercó porque vio que se le humedecían los ojos, como un tiburón que corre hacia la sangre. La mujer soportó el primer plano mordiéndose el tembloroso labio inferior, las lágrimas ya en sus mejillas. Afortunadamente, la dobladora no se esforzó por imitar la voz trémula de la doméstica.

—Eran fascinantes, muy inteligentes —dijo—. No se tenían celos, no se peleaban. Eran como una sola persona. Ella estaba enferma, ¿entiende? Se estaba muriendo. Yo se lo veía en los ojos. Seguramente era un tumor cerebral. Pensaba mucho todo el tiempo. Siempre escribía, no paraba de escribir. Creo que fue un crimen por compasión. Ella le pidió que la matara y él lo hizo. Y luego, sí, claro, se la comió. —Pronunciadas estas palabras, la doméstica aspiró una profunda y titubeante bocanada de aire, se secó los ojos con el raído trapo de los platos que llevaba en la mano desde el principio y sonrió. Naomi sufrió un sobresalto e inmediatamente se puso a analizar aquel gesto en la ventana del correo que había dejado abierta en un rincón de la pantalla—. No podía dejarla ahí arriba, en la vivienda —prosiguió la mujer. Su sonrisa era beatífica; había recibido una revelación y tenía que comunicarla—. Quería tener consigo el máximo de ella, por eso se la comió y luego huyó con ella dentro.

Las gafas médicas le estorbaban. Nathan apenas podía ver por el visor de la vieja Nikon D3, ya que las lentes de plástico le quedaban demasiado lejos del ojo, y resbalaban